

# CINCO AÑOS DESPUES



Álvaro DEL PORTILLO  
(Presidente general del Opus Dei)

Acaban de cumplirse cinco años de la muerte de monseñor José María Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei. Su sucesor en la presidencia de la Obra, monseñor Álvaro del Portillo, traza hoy una breve semblanza de lo que ha sido este espacio de tiempo, «un período breve, insuficiente para valorar con perspectiva histórica el alcance de aquel 26 de junio de 1975».

EN aquellos días inolvidables que siguieron al tránsito del fundador del Opus Dei, en medio del dolor inmenso, me venía con insistencia a la cabeza una reflexión: la Obra acaba de dar un gran estirón, porque, aunque seguimos en la tierra, hemos levantado nuestra cabeza hasta el Cielo. Ese pensamiento no era sólo un lenitivo; respondía a una esperanza segura, que el tiempo no ha hecho más que confirmar.

Han pasado cinco años. Un período breve, insuficiente para valorar con perspectiva histórica el alcance de aquel 26 de junio de 1975. Monseñor Escrivá de Balaguer solía comentar que *en muchas instituciones cuando desaparece el fundador sobreviene una especie de terremoto*. Pero añadía en seguida: *En el Opus Dei no ocurrirá así. Os aseguro que en la Obra no habrá ningún terremoto. Tengo certeza*. Y, efectivamente, así ha sido.

En todo caso, podrían calificarse de terremoto las consecuencias visibles de ese estirón: el Opus Dei se expande cada día más —lo digo sin falsa humildad, con agradecimiento a Dios, que es quien realiza su Obra—, abriendo caminos de santidad en el mundo a personas de toda condición social: nuevas naciones, nuevas ciudades, nuevas actividades apostólicas; pero, sobre todo, Infinidad de almas que se acercan al Señor.

¿Cómo se explica este crecimiento constante? Por la gracia divina y por la fidelidad absoluta con que en la Obra se viven el espíritu y las orientaciones de su fundador. Recuerdo que en la primera audiencia que me

concedió S. S. Pablo VI, después de mi elección como presidente general, me repitió varias veces que para que el Opus Dei sirviera a la Iglesia como lo había hecho su fundador debía mantenerse muy fiel a su espíritu. Usted —me decía—, siempre que deba resolver algún asunto, póngase en presencia de Dios y pregúntese: en esta situación, ¿qué haría el fundador?, y obra en consecuencia.

De forma parecida se expresaba S. S. Juan Pablo II con motivo del aniversario de la fundación de la sección de mujeres del Opus Dei. Después de recordar la inolvidable figura de monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, cuyo corazón sacerdotal vibró con gran celo por la Iglesia y, al mismo tiempo, por la humanidad contemporánea, manifestaba su deseo de que este generoso empeño eclesial estimule cada vez más a las asociadas de la Obra para que, en plena fidelidad a Cristo y a la Iglesia, en el espíritu de las normas y orientaciones dadas por el venerado fundador, en leal y sincera colaboración con la jerarquía, continúen ofreciendo un constante y creciente testimonio de fe cristiana, limpia y fuerte, en la sociedad actual.

Fue para mí un motivo de gozo recibir estas palabras de estímulo, que confirman lo que es y seguirá siendo pauta del Opus Dei y de su eficacia: la fidelidad al querer de Dios, es decir, a la gracia fundacional, infundida en el instrumento dócil que el Señor eligió para hacer su Obra.

Me atrevería a decir que en este lustro hemos podido tocar con la mano la lluvia de gracias que se ha vertido sobre la Obra y sobre sus apostolados: así acostumbra a ratificar sus proyectos la Providencia ordinaria de Dios cuando desaparece su instrumento ejecutor en la tierra. Es la confirmación de que el instrumento sigue sirviendo también cuando goza ya de la visión divina.

Un suceso en la vida de monseñor Escrivá de Balaguer ilustra hasta qué punto el amor y el servicio a la Iglesia constituyen un rasgo capital del espíritu de la Obra. Ocurrió en 1941, en La Granja. Allí, el Señor —ya lo había permitido otra vez, en los comienzos de los años 30— le dejó a oscuras; no por completo, pero sí lo suficiente para que el demonio le tentase, insinuándole que todos sus esfuerzos iban encaminados a crear una empresa humana, no de Dios. En ese momento de trepidación, sin luz, pero fuerte en el amor, monseñor Escrivá de Balaguer reaccionó inmediatamente: *si la Obra no es para servir a la Iglesia, Señor, ¡destrúyela ahora mismo!* Esta fue su oración. Y Dios lo premió entonces con una paz y una alegría inefables, que iban más allá de lo meramente humano.

Esa conducta se explica por el *somatimiento completo* de su voluntad y de su inteligencia al querer divino, pero también porque el servicio a la Iglesia es la única razón de ser del Opus Dei. Era el trasfondo constante de la predicación y del ejemplo del

Padre. Los detalles eran continuos. Cuando nos hablaba de respeto y veneración a la jerarquía, solía insistir en que no bastaba rezar por las personas e intenciones de los obispos, sino que había que manifestarles cariño de modo concreto y palpable, porque los pastores necesitan el apoyo efectivo y afectivo de sus fieles. En la Obra —explicaba con una de esas frases gráficas que materializaban sus enseñanzas— *tiramos del carro en la misma dirección que los reverendísimos ordinarios*. Efectivamente, el Opus Dei tiene un espíritu propio y unos modos apostólicos específicos, y entre esos rasgos se cuenta el de secundar las directrices de la jerarquía eclesial local, como fieles corrientes, con el empeño y la lealtad que nacen de la entrega a Dios.

El fundador de la Obra quería que sus hijos fueran *muy romanos*, expresión que en su alma y en su cabeza equivalía a ser universales, católicos. Insistía en que, al sacar adelante el propio cometido, no debíamos perder de vista el vasto horizonte apostólico de la Iglesia universal. Nada podía sernos indiferente. Había que sentir como propias las tareas eclesiales de los cinco continentes. Por eso monseñor Escrivá de Balaguer aborrecía de la estrechez de espíritu, de los particularismos aislantes. *No me hagáis «capillitas» dentro de vuestro trabajo* (1), escribió en «Camino»; no va con el espíritu del Opus Dei dividir o contraponer, aislarse, prescindir de los afanes ajenos, y mucho menos contradecir los esfuerzos de quienes trabajan por Cristo. La Cruz, afirmaba, es el signo más: un cristiano ha de ser elemento de unión, de cohesión. Por



«Recuerdo que en la primera audición que me concedió Su Santidad Pablo VI, después de mi elección como presidente general, me repitió varias veces que para que el Opus Dei sirviera a la Iglesia como lo había hecho su fundador debía mantenerme muy fiel a su espíritu.» (En la imagen, Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei.)

eso miraba con cariño y alegría las iniciativas evangelizadoras que a continuamente florecen en la Iglesia.

Monseñor Escrivá de Balaguer predicó a lo largo de toda su vida que cada cristiano ha de ser instrumento de unidad entre sus hermanos en la fe y entre los hombres todos. De ahí que pidiera comprensión, una gran comprensión con las personas y, a la vez, una intransigencia absoluta de cada uno con sus propias deficiencias. Un cristiano —y esto lo exigía especialmente a sus hijos— ha de saber convertirse en alfombra donde los demás pisen blando.

Ese fue el lema de su vida. Lo resumía en dos palabras: *ocultarse y desaparecer*, es decir, *que sólo el Señor se luzca*; que el instrumento ni siquiera se advirtiese; prescindir de todo lo personal para que sólo brillen el Amor y la Misericordia divinas.

Pero *non potest abscondi civitas supra montem post-*

*ta* (2), no es posible ocultar lo que Dios ha encumbrado. Y así, cinco años después de su muerte, la fama de santidad de monseñor Escrivá de Balaguer se ha extendido por el mundo y son millones las personas que rezan la oración aprobada por la autoridad eclesiástica para la devoción privada. Me contaban, por ejemplo —y no es más que una anécdota entre millares—, que en una isla del archipiélago filipino los pescadores de un pueblecito se reúnen antes de hacerse a la mar para rezar, en tagalo, esa oración, recurriendo al fundador de la Obra para que el Señor les conceda una buena pesca. Y al terminar la jornada se encuentran de nuevo y vuelven a recitarla para agradecer a Dios la ayuda que les ha prestado a través de su siervo.

Todos los días me llegan muchos relatos como éste y tantos testimonios de gracias conseguidas por intercesión de monseñor Escrivá de Ba-

laguer. Claramente, desde el Cielo, ahora prosigue su incansable labor por la unidad de los hombres, unidad que para los católicos pasa por la unión al Romano Pontífice y a los obispos.

Ya en su juventud se grabaron hondamente en su alma aquellas palabras de Jesucristo que recoge San Juan: *Ove todos sean una misma cosa y que como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros* (3). Buscando la unión continua con el Señor, sintiéndose en todo momento hijo de Dios, se gozaba también al considerarse hijo de la Iglesia, hijo del Papa y hermano de todos los hombres. Esa era la razón de su alegría, el punto de apoyo firme al que recurrió en tantas circunstancias —algunas verdaderamente difíciles y angustiosas— de su vida al servicio de Dios.

Cinco años —escribí al comenzar estas líneas— son un lapso de tiempo demasiado

breve para valorar en sus justas dimensiones un hecho tan importante como el que este mes conmemoramos. Cinco años invitan más bien a pensar en el futuro que en el pasado: en el trabajo que queda por hacer, que no es otro que el de seguir el camino que abrió el fundador de la Obra, siempre adelante mientras ha y a hombres en la tierra. Nunca faltará labor. Puede evolucionar la cultura, la sociedad, la técnica, hasta límites que no podemos ni prever. Pero siempre habrá un algo concreto que santificar: el propio trabajo profesional, las relaciones sociales, los afanes de cada día. Todo eso entra en el gran designio divino de salvación de los hombres. Esa es la misión de la Iglesia. Y la tarea del Opus Dei, según el espíritu de su Fundador, es servir a la Iglesia para servir a las almas.

(1) «Camino», núm. 963.

(2) Mt., 5, 14.

(3) Joh., 17, 21.